

Palabras olvidadas, letras borradas. La literatura de los pueblos indígenas de México.

Cuando hablamos de la literatura de América Latina nos viene inmediatamente a la cabeza nombres como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Rubén Darío, Jorge Luis Borges, etc. y si nos ceñimos más en concreto a México es inevitable que citemos a escritores como Octavio Paz y Carlos Fuentes. Pero será raro que ni siquiera los mejores conocedores de la literatura hispanoamericana y mexicana, sean filólogos, críticos o lectores, mencionen en algún momento los nombres de escritores como Natalio Hernández, Andrés Henestrosa, Xamanichna o Enrique Villamil entre otros; y es que estos últimos, aun siendo autores mexicanos y al margen de su calidad literaria, no gozan de un reconocimiento que al menos les permita ser tenidos, si no como escritores hispanoamericanos, sí al menos como escritores cuyas contribuciones han enriquecido y siguen enriqueciendo el patrimonio literario de México.

Es posible que esta omisión tenga que ver con la presencia y difusión restringidamente local de sus obras. Muchos pueden alegar que sus obras se limitan a tiradas reducidas, que abordan temáticas o tópicos muy particulares y que, sobre todo, sus obras, escritas en lengua indígena (náhuatl, p'urhépecha, totonaco, mazateco, zapoteco, tzoltzil, hñahñu...) no pueden ser leídas por el lector nacional. Pensar en tal cosa es, en principio, la palpable prueba de la marginalidad a la que se les condena por ser definidos y definirse como escritores indígenas.

Nadie como estos mismos escritores, han sido tan conscientes del trato segregador y aislacionista del que han sido objeto a través de un rasgo de identidad cultural tan definitorio como la lengua. Nadie como ellos han sido tan perspicaces como para descubrir el uso ambivalente de su lengua como elemento de integración y de exclusión de la identidad nacional y cultural de México. Como dijo Joel Martínez Hernández en su poema "*¿Keski nauamaseualme tiitstoke?*" (1983): "Algunos coyotes dicen / que nosotros los macehuales desapareceremos, / que nosotros acabaremos, / que nuestra lengua nunca más se escuchará, / nunca más se empleará. / Los coyotes por

esto se regocijan / esto es lo que están buscando.”¹

En esta batalla desigual, la literatura, la palabra, no es sólo un arma, es un campo de batalla en el que los pueblos indígenas se desean hacer escuchar como agentes culturales, como autores de su cultura y coautores de la cultura mexicana. Sin embargo, no es desde un idealismo irreal, ni desde un integrismo autófago, sino desde la generación de estrategias comunicativas cómo el escritor indígena se hace escuchar. Recupera en esto la vieja tradición de un multilingüismo funcional, base de las relaciones entre los pueblos mesoamericanos, de pueblos políglotas que ven en la lengua un medio de acercamiento del otro, de relaciones recíprocas, de comprensión y síntesis de la complejidad de un entorno ancestralmente multicultural. El bilingüismo, al margen de una estructura de dominación, de desigualdad estatuaría, es el estado ideal de una comunicación efectiva, de una integración activa. En el XI Congreso de las Academias de la Lengua, celebrado en Puebla, Natalio Hernández pronunció estas palabras:

Al principio, nuestras lenguas mexicanas estaban reprimidas por la lengua española: no les permitía su desarrollo, obstruía su florecimiento. / Hoy, el tiempo empieza a cambiar. Poco a poco nuestros pueblos empiezan a reconciliarse con el español, empiezan a aceptarle como lengua propia, como idioma nuestro./Hoy sabemos que somos ricos porque tenemos muchas lenguas mexicanas y la lengua española que también es nuestra, porque nos une.²

En esta declaración no hay una claudicación como podría suponerse. Hay una apropiación, un dominio de un instrumento de dominación y en ello, una purificación de las lenguas que las devuelve a lo que deben ser, un medio de comprensión, entendimiento y explicación entre diferentes “otros”. Es la visión de la lengua, no como límite o barrera, sino como posibilidad y vía. Aun así, todo esto no deja de ser un propósito que tal vez hoy más que nunca, está al alcance de cumplirse. El fin de un camino que desde lejos han ido recorriendo los pueblos indígenas en su lucha por la dignidad y el respeto de los demás y de sí mismos.

1. Traducción propia. Joel Martínez Hernández, *Naua maseulpakilistli*, México, 1983

2. Natalio Hernández, "Noihqui toxca caxtilan tlahtoli", *Estudios de Cultura Náhuatl*, 30. UNAM, México DF, 1999.

El olvido y la negación

Las literaturas de los pueblos nativos de América son resultado, en su permanencia y vitalidad actual, del esfuerzo y de la toma de conciencia por las comunidades indígenas de la necesidad de reafirmar su identidad tomando la iniciativa y el control de su producción cultural. La canalización de su creatividad cultural hacia formas y campos de expresión que, por una parte, mantengan y revitalicen una identidad étnica o local, también busca el reconocimiento de la sociedad nacional y global, haciéndola, haciéndose parte y partícipe de una identidad más plural, integra, integrada e integral.

En el caso concreto de la lengua náhuatl -que por ser el que mejor conocemos es de la que vamos a tratar-, este resurgir es una reacción a todo un proceso de olvido y negación que si bien es resultado de causas estructurales e ideológicas que se hacen patentes desde finales del s. XVII y durante el s. XVIII, es un hecho agudizado y fomentado tras la independencia por las autoridades políticas y académicas del país y la sociedad mestiza durante el s. XIX y buena parte del s. XX³.

A grandes rasgos, la adopción de un sistema nacional monolingüe que por razones de prestigio y pragmatismo defendió la castellanización de las comunidades indígenas, es lo que ha ido propiciando que el peso lingüístico de estas comunidades se recluyera hacia áreas rurales alejadas, apartándolas de los espacios de producción cultural de alcance nacional. Por ejemplo, la desaparición en las Universidades de las lenguas indígenas como lengua de enseñanza y de estudio desde el s. XVIII tuvo como consecuencia que se dejaran de editar libros en tales lenguas, dándose un proceso de desliteralización y de analfabetización en su uso, acentuado por la implantación de un sistema de enseñanza normal monolingüe. Incluso, la creación de un sistema de escuelas bilingües en el s. XX no alteró significativamente el efecto minusvalorador de mostrar las lenguas locales como códigos iletrados o formas de expresión incapaces de conformar textos complejos y, por ende, grandes composiciones literarias. Obviamente, en esto

3. Shirley Brice Heath, *La política el lenguaje en México: de la colonia a la nación*. SEP e INI, México DF, 1972.; Rebeca Barriga Villanueva, "El sistema lancasteriano de enseñanza mutua. La mistificación de un método castellanizador", y Beatriz Garza Cuarón, "Políticas lingüísticas en el siglo XIX mexicano", en Ramón Arzápalo y Yolanda Lastra (comp.), *Vitalidad e influencia de las lenguas indígenas en Latinoamérica. II Coloquio Mauricio Swadesh*. UNAM. México DF, 1995.

también se cayó en el sesgo de valorar las producciones culturales desde patrones de excelencia inadecuados y ajenos, que omiten el valor que dentro de las comunidades tienen ciertas composiciones y obras, error éste en el que se ha incurrido incluso desde posturas indigenistas.

Este hecho se torna dramático en muchos casos donde se había logrado mantener y favorecer un esplendor cultural en el campo literario de considerable peso, como es el caso de la lengua náhuatl. Durante los ss. XVI y XVII la literatura náhuatl florece en dos aspectos principales: por un lado conservando su tradición literaria prehispánica mediante la adopción del alfabeto como sistema de escritura y transcribiendo textos religiosos, históricos y profanos que, por otro lado, al contacto con la tradición española renacentista y barroca entroncará con nuevos patrones de expresión y temáticas.

Se conservan de este modo cantos, himnos, cuentos, crónicas, doctrinas y piezas teatrales⁴ dirigidas a un público nativo culto y exigente para cuya demanda se llegarían a traducir algunas piezas teatrales del Siglo de Oro español. A este tenor, habría que puntualizar que más que traducciones son adaptaciones o recreaciones, como es el caso de las adaptaciones hechas por el bachiller Bartolomé de Alva Ixtlilxochitl de obras de Calderón y Lope de Vega. En otros casos la asimilación de las nuevas formas del teatro popular se enriquecen a su vez mediante la creación de nuevas figuras como es el caso de la comedia con la aparición del güegüense (*huehuètzin*), un personaje bufonesco y chocarrero que permite la introducción de la cultura popular mestiza en la comedia de corte español⁵. Incluso el sincretismo, la transformación de la cultura nahua mediante la incorporación del pensamiento cristiano debidamente sometidas a una adopción y adaptación particular dará pie a obras hagiográficas como el *Nican mopohua*⁶.

4. Una relación de todas estas producciones puede consultarse en diversas antologías y recopilaciones que han servido de base para este artículo: Ángel María Garibay. *Historia de la literatura náhuatl*, Editorial Porrúa, México, 1992; Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli, Impresos en náhuatl*. 2 vol. UNAM, México DF, 1988; Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*. FCE, México DF, 1996; Pedro Correa, *La cultura literaria de los aztecas*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994.

5. *El Güegüense. Bailete dialogado en español-náhuatl de Nicaragua*, Noriega Limusa, México DF. 1991.

6. Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el "Nican mopohua"*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2000.

Sin embargo, gradualmente el uso del náhuatl se vio recluido a la cultura popular, dejando de emplearse por la población mestiza y las élites indígenas que acabarían adoptando el español como lengua materna y los patrones de la cultura literaria española y, por extensión, europea. Desde el criollismo, las manifestaciones culturales en lengua náhuatl serían juzgadas como obras de arte menor, abocándose al espacio siempre minusvalorado de la oralidad. Así se cuentan sólo con *tocotines* o villancicos como los recogidos y adaptados por Sor Juana Inés de la Cruz en su obra⁷ y que dan la pauta de cómo la literatura náhuatl se limitará de nuevo a los contextos ceremoniales de las comunidades y al entretenimiento cotidiano de la población indígena.

Hay que esperar al romanticismo para encontrar alguna referencia a la cultura e historia náhuatl dentro de cultura hegemónica. No obstante, no sería adecuado considerar tales obras propias de la literatura náhuatl sino más bien obras que o bien de carácter liberal, nacionalista o exotista pretenden renovar al panorama literario de la literatura hispanoamericana. Esta literatura indianista mexicana, que obviamente no puede considerarse literatura nahua, está representada por títulos como *Netzula* (1832) de José María Lafragua, el poema la *Profecía de Guatimoc* (1839) de Ignacio Rodríguez Galván y *Leyendas Mexicanas* (1864) de José María Roa.

Cuentos, leyendas, novelas y poemas inspirados por un renovado interés por el pasado prehispánico y no tanto por un folclorismo popular emanado de los pueblos nahuas contemporáneos, alimentado por el redescubrimiento de los antiguos cantares y anales nahuas. De este modo, paradójicamente, la exaltación del indígena prehispánico no se corresponderá con el reconocimiento y apreciación de las comunidades indígenas presentes, mostradas siempre como una sombra, un rescoldo de un pasado glorioso y consideradas, por tanto, una degeneración en un sentido literal: son vistas como razas inferiores, hablantes de una lengua corrupta.

Se creará así un estereotipo negativo del indio, el “indio pendejo”, boto, corto de ingenio e ingenuamente infantil, usándose la iliteralidad de sus formas de expresión verbal como un síntoma de debilidad cultural. En el marco de una concepción eugenista, determinista y evolucionista social, se

7. Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, Editorial Porrúa, México DF, 1969.

ve por tanto lógico y beneficioso el que no se ponga en práctica ningún tipo de medidas de protección o fomento. Se propugnaría así la desaparición de las lenguas indígenas, inadaptables y perjudiciales a los aires de progreso y modernización de las políticas liberales.

Algunos próceres, eruditos locales y académicos se plantearon en este contexto la urgencia en la adopción de medidas que permitieran la conservación del náhuatl y de sus grandes obras. En este aspecto, el náhuatl fue privilegiado, frente a otras lenguas indígenas de México, precisamente por la relevancia que tuvo durante los primeros tiempos de la colonia. Aprovechando el XI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en México en 1895 se exigieron medidas que aseguraran la supervivencia de la lengua náhuatl como referente nacional. Sin embargo, como ya hemos dicho, los esfuerzos en aquel momento por evitar esta fatal inercia que condenaba a la lengua náhuatl a ser relegada, abandonada y olvidada, se dirigieron más bien a recuperar las obras clásicas y desentrañar los secretos de los antiguos usos del lenguaje dentro de la reducida comunidad académica. De todos modos, el descubrimiento de importantes recopilaciones de antiguos cantos (*Cantares mexicanos*, *Romances de los Señores de la Nueva España*) y la profusión de estudios sobre la literatura náhuatl prehispánica y colonial por diversas autoridades en la materia (Joaquín García Icazbalceta, Antonio Peñafiel) propició que sirvieran de modelos ejemplares a los que seguir y un estímulo para propiciar la publicación de trabajos de escritores en lengua náhuatl. Se fue abriendo camino a la reedición de textos y manuscritos, y a un nivel más cotidiano, el intento de reforzar el valor comunicativo del náhuatl en periódicos bilingües con artículos y breves poemas en náhuatl durante la segunda mitad del s. XIX, caso por ejemplo de los periódicos *El Xocoyotzin* y *El Liliputiense* de Tepoztlán. Esta tendencia a volver a hacer del náhuatl una lengua escrita describió un proceso similar al que vivió entre las décadas de 1530 y 1570.

Además, junto a las reediciones, transcripciones y traducciones de los antiguos textos, el registro y publicación de los relatos orales tuvo un efecto retroalimentador que ayudó a crear una conciencia profunda y una mayor difusión que si no tuvo mayor eco fue a causa de la precariedad de la situación social y económica de las poblaciones indígenas y su alta tasa de analfabetismo, que aún hoy representa un 44'3%.

Conservación y creación: la memoria como continuidad cultural.

Al menos, entre esa minoría de indígenas letrados y mestizos amantes de su legado, aparecieron nuevos autores que buscaban revitalizar el

náhuatl como lengua de creación literaria, intentando ir más allá de la reproducción de estilos y formas arcaicas. Destacan como pioneros en la poesía Faustino Chimalpopoca García, que ya compusiera poemas hacia 1864, y ya en el siglo XX el padre Apolonio Martínez Aguilar. Este último publicó varias obras -*Huaxtecapan* (1914), *Teomoxtle in Nestiliztli in tocihuahlatoca in Guadalupe...* (1919)- y tradujo obras latinas al náhuatl, como la *Égloga cuarta* de Virgilio en 1910, imitando en cierto modo el proceder de los viejos gramáticos franciscanos, españoles y nativos, que tradujeran las fábulas de Esopo y otras obras grecolatinas al náhuatl durante el s. XVI.

La Revolución Mexicana instauró un periodo de inestabilidad que impuso un paréntesis a este incipiente renacer literario. A pesar de ello, la producción oral se mantuvo y su recolección por los investigadores se reinició terminados los enfrentamientos militares⁸ en el marco de la introducción de posturas indigenistas representadas en la autoridad de Manuel Gamio y José Vasconcelos entre la intelectualidad mexicana. Para la década de 1920 algunas iniciativas propugnaban formar asociaciones e instituciones que velaran por el cultivo y conservación de la lengua náhuatl. Cabe distinguir en el estado de Morelos la labor de Mariano Jacobo Rojas y Villaseca, quien contribuyera a la fundación de una Academia de la Lengua Mexicana y publicara la obra dramática *Maquiztli* en 1931. También destacan en el estado de Veracruz, Pedro Barra y Valenzuela, quien publicó en 1939 el libro de poemas *Nahuaxochmilli*; y Enrique Villamil, que publicara varios poemas (*Quenin ca in yolli*, *Caxtilteca in Tenochtitlan ihuan Tlacoitica Yohualli*) en 1937 en su obra *Descripción histórica de Tepoztlán*.

Junto a esta corriente de nuevos escritores, siempre estuvo presente la continuidad cultural que representa la tradición oral que tuvo en la nueva sensibilidad académica sus mejores aliados. La tradición de la narración oral encontró en numerosos investigadores la posibilidad no ya de mantenerse como el registro de un vestigio de lo percedero, sino de constituirse en la prueba de la capacidad de resistencia y permanencia de sus culturas. Ya no se las consideraba débiles *per natura*, sino debilitadas por la vulnerabilidad que la desigualdad de las relaciones imprimía a las comunidades indígenas, cada vez más acosadas por un entorno social, económico e ideológico inflexible. Muchas comunidades encontraron en etnógrafos y lingüis-

8. Fernando Horcasitas, "La narrativa oral náhuatl (1920-1975)", *Estudios de Cultura Náhuatl*, 13, UNAM, 1976.

tas inesperados aliados que mediarían con la sociedad nacional dándole valor a sus manifestaciones culturales a través de su “textualización”⁹.

En la región de Milpa Alta, varias narradoras formaron “pareja literaria” con reputados antropólogos. En la década de 1910, Isabel Ramírez Castañeda escribió varios textos breves sobre la cultura y vida cotidiana de su comunidad y varios de sus relatos fueron recogidos por el antropólogo Franz Boas¹⁰. Desde 1930, doña Luz Jiménez fue uno de los informantes, primeramente del lingüista Benjamin Lee Whorf, y posteriormente del antropólogo Robert Barlow, trabajando también como profesora de lengua náhuatl. Hasta 1965, sus relatos sirvieron para conformar un legado que se ha constituido en la memoria viva del nahua contemporáneo. Su autobiografía y sus cuentos¹¹ fueron transcritos por su colega Fernando Horcasitas y fueron el inicio de la introducción de estos géneros en el panorama editorial mexicano del s. XX. Sin la contribución de estas dos autoras no se puede realmente comprender lo que será la siguiente etapa de la literatura indígena, una etapa donde la creación literaria hunde directamente sus raíces no en la contemplación nostálgica de un pasado exaltado por la historiografía, sino en la conciencia de la vitalidad de la cultura popular y de las lenguas en uso.

Orgullo y revitalización: la palabra nueva.

La institucionalización de la política indigenista con la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939 y del Instituto Nacional Indigenista en 1948, propició que se reintrodujera el náhuatl en el ámbito académico como una lengua viva. Se logra de esta manera que durante este periodo empiece a producirse un cambio de actitud de las autoridades políticas e intelectuales del país al reconocer a lo indígena como una parte consustancial de la cultura nacional del país. Fue en este momento, curiosamente, cuando empezó a hacerse patente una serie de preocupaciones derivadas de los rasgos que caracterizan al náhuatl moderno –dialectización, ais-

9. Véase Frances Karttunen, "Indigenous Writing as a Vehicle of Postconquest Continuity and Change in Mesoamerica", en E. Hill Boone y T. Cummings (ed.), *Native Traditions in the Postconquest World*, Dumbarton Oaks, Washington DC, 1998

10. Franz Boas y Herman K. Haeberlin, "Ten Folktales in Modern Nahuatl", *Journal of American Folk-Lore*, 37, 1926.

11. Fernando Horcasitas, *De Porfirio Díaz a Zapata, memoria náhuatl de Milpa Alta*, UNAM, México DF., 1968; F. Horcasitas y Sarah O. de Ford, *Los cuentos en náhuatl de doña Luz Jiménez*, UNAM, México DF, 1979.

lamiento y dispersión geográfica, fuerte influencia del castellano, etc.- que parecían debilitarla de cara a lograr una conservación y fortaleza, y dificultaban grandemente la implantación de una educación bilingüe náhuatl-español desde una perspectiva unificada. En el Congreso Azteca de 1940 mantenido en Milpa Alta, junto a la mejora de las condiciones de vida y trabajo de las comunidades nahuas, se llevó a cabo uno de los primeros intentos para crear una ortografía general, cuestión ésta aún no resuelta¹² como un paso más para plantear reformas pedagógicas.

Igualmente, se abrió un camino a la creación de iniciativas similares con la fundación de seminarios, talleres literarios y asociaciones de escritores. Primeramente el periódico "*Mexihcayotl*" en 1943, y después el periódico "*Mexihkatl itonalama*" en 1959, bajo los auspicios de Miguel Barrios Espinosa y Robert Barlow, sirvieron de lugar de encuentro y difusión de estos escritores, precursores de lo que Miguel León-Portilla bautizaría como la *Yancuic Tlahtolli*, la "Palabra Nueva"¹³, verdadero movimiento de renacimiento literario. En ese mismo año, desde el Seminario de Cultura Náhuatl fundado por Ángel María Garibay en el Instituto de Investigaciones Históricas, se publicaría la revista "*Estudios de Cultura Nahuatl*", que hasta hoy es una de las publicaciones más sobresalientes sobre la cultura y la lengua náhuatl bajo la dirección actual de Miguel León-Portilla.

Esta presencia en la Universidad se vio refrendada con la creación, también en la Universidad Nacional Autónoma de México, del Seminario de Lenguas Indígenas en 1987 en el Instituto de Investigaciones Filológicas y la edición de su revista "*Tlalocan*"; y de otros seminarios en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, publicando la revista "*Tema y variaciones de literatura*", coordinado por Ezequiel Maldonado, donde la literatura indígena es tratada como parte viva del patrimonio literario de México.

Otra institución a señalar es el Centro de Investigaciones y Estudios

12. Hasta fecha de hoy, los intentos de crear una escritura unificada del náhuatl moderno ha chocado con la diversidad dialectal y fonológica, la consabida obsesión por la equivalencia entre letra-fonema (sin admisión de pronunciaciones diferenciales y otros rasgos del habla) y las corrientes historicistas y academicistas. La tendencia es a elaborar alfabetos regionales, como es el caso del nauatlajkuilolpamitl (alfabeto náhuatl) establecido en 1979 para la Huasteca (cf. Crispín Amador, *Tlajtolchiuali, palabra en movimiento: el verbo*, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 2002)

13. Miguel León-Portilla et al., *In yancuic nahua tlahtolli. Nuevos relatos y cantos en náhuatl*, UNAM, IIH, México DF, 1991.

Superiores en Antropología Social (CIESAS) constituido en 1980 a partir del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Su labor de investigación histórica, antropológica y lingüística ha apoyado sobre todo la recuperación y cultivo de las lenguas indígenas. Entre sus publicaciones destacan narraciones y recopilaciones de anécdotas, adivinanzas y cuentos nahuas (*zazanilli*) de las localidades de la cuenca del río Balsas en el estado de Guerrero, además de otras lenguas como el yucateco y el zapoteco¹⁴. Fuera de los ámbitos académicos destaca la labor del escritor, traductor e investigador Librado Silva que desde 1975 ha impulsado el lanzamiento de varias revistas literarias ("*In amatl mexicatlahtoani*", "*Nezcaliliztlahtoani*") y traducciones de antiguos textos (*Huehuehtlahtolli*).

En cuanto a asociaciones y grupos literarios se pueden mencionar el taller *Poetas en Construcción* y la asociación civil *Escritores en Lenguas Indígenas* (ELIAC). Durante la década de 1990, ambas han realizado un gran esfuerzo en la promoción de escritores indígenas y la investigación, producción y la difusión de la literatura contemporánea en lenguas mexicanas. Además ELIAC organiza el encuentro periódico de escritores y la organización de certámenes, y la publicación de libros y diversas revistas literarias ("*La Palabra Florida*", "*Nuni*"), a lo que se debe añadir también su activismo social en materia de derechos lingüísticos. También hay que resaltar el valor mediático y de visibilización social que ha procurado a los escritores indígenas la celebración de premios literarios como el premio *Nezahualcóyotl* de literatura, concedido por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes desde 1993 y que entre sus premiados ha distinguido la trayectoria de dos escritores nahuas como son Librado Silva (1994) y Natalio Hernández (1997). A la mejora del panorama social no son ajenas una serie de medidas legislativas, como la reforma del artículo 4º de la Constitución Mexicana en 1992, mediante la cual se reconoce la realidad multicultural de los Estados Unidos Mexicanos, y la aprobación en 2002 por el Parlamento de México de la creación del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas¹⁵.

14. Especialistas como Cleofás Ramírez Celestino y José Antonio Flores Farfán han contribuido a la conservación de la cultura popular oral recogiendo diversos cuentos y adivinanzas en ediciones bilingües (*Adivinanzas de hoy y siempre*. See *tosaasaanil*, see *tosaasaanil*, 1995; *El tlacuache*. Tlakwatsin, 1995; *Axolotl*. El ajolote, 2003; *La sirena y el pescador*. *Aalamatsin wan tlatlaamani*, 2002). También se han publicado relatos de vida local como *Nican Tetelcingo yehua tocostumbre* (1992) de Eustaquio Celestino.

15. Miguel Figueroa, "Aprobación de la creación del instituto nacional de lenguas indígenas de México", *Revista Española de Antropología Americana*, 34, 2004.

En este contexto de reivindicación se ha configurado una pléyade de escritores que bien podrían denominarse neoindigenistas; verdaderos impulsores y participantes activos de estas iniciativas e instituciones antes mencionadas y que comenzaron a publicar durante la década de 1980. El ya mencionado Librado Silva Galeana y Carlos López Ávila, como representantes del foco cultural que es Milpa Alta; los hermanos Delfino Hernández y Natalio Hernández¹⁶ de Veracruz; y Alfredo Ramírez de Guerrero son algunos de estos exponentes de la Palabra Nueva¹⁷, a los que el paso del tiempo va agregando nuevos nombres.

A modo de conclusión

¿Qué motivos han impulsado a esta generación de escritores a embarcarse en la incierta travesía de la creación literaria? ¿Es quizás un impulso colectivo que trasciende el culto a la propia personalidad y el éxito editorial? ¿Es la búsqueda de una identidad negada e invisible, un rostro y un corazón ennegrecido por el polvo del olvido y la inmundicia del desprecio? Librado Silva nos responde de una manera tan clara como amarga: "...queremos escribir y describir lo que en nosotros y a nuestro alrededor ocurre, pero en nuestra lengua, la de nuestros padres y nuestros abuelos; en mi caso, en la lengua de Nezahualcóyotl, en la lengua náhuatl. ¿Por qué? Porque es algo de lo más valioso de la cultura de nuestra región que parece irremediablemente a su fin, y porque queremos dejar testimonio actual de lo que vale literariamente hablando y porque tenemos conciencia, algunos, de la inmensidad del vacío que su desaparición provocará."¹⁸

El escritor, el poeta, retoma aquí un papel de representación, exhortación y prefiguración, sin más fin que la perpetuación de lo que intangible-

16. Natalio Hernández (1947-), es sin lugar a dudas, uno de los más destacados escritores nahuas del momento. No sólo por ser el más laureado (premio Nezahualcoyotl 1997, premio Bartolomé de las Casas 1998) sino también por su obra prolífica, formada por múltiples ensayos, poemas y relatos (*Xochicoscatl* (1985), *Sempoalxochitl* (1987), *Yn ikon ontlajtoj aueuetl* (1989), *Papalocuicatl* (1996); *In tlah-toli, in ohtli. La palabra, el camino* (1998)).

17. Existen antologías en las que se recogen las muestras más sobresalientes de estos autores, véase la revista "Estudios de Cultura Náhuatl", nº 18-20, o la compilación por Joel Martínez Hernández, *Xochitlajtolkoskatl*, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Tlaxcala, 1987.

18. Librado Silva Galeana, "Levantar las voces", *Hoja por hoja: Suplemento de Libros*, nº 90, 2004 (<http://www.hojaporhoja.com.mx>)

mente considera suyo, inalterable y verdadero sin más herramienta que su palabra, sea escrita o pronunciada. Como refiere Ezequiel Maldonado¹⁹, los pueblos indígenas han recuperado el “derecho a la palabra”. Esto supone ante todo su capacitación como “escritores”, es decir, como creadores de cultura literaria, que, sea cual sea el soporte, la grafía o los canales, es, desde los albores de las culturas mesoamericanas, un compromiso con la memoria²⁰.

En el presente, en una situación de bilingüismo desigual y castellanización inminente, de angustia por la supervivencia cultural, este compromiso es también un compromiso con la justicia y con el futuro. Se trata de hacer de la escritura un signo de vitalidad, de resistencia, de valor, con el que lograr la igualdad y el respeto y, sobre todo, la aceptación de uno mismo y la exigencia de una paridad, de una reciprocidad de relaciones e identidades. Natalio Hernández²¹, deja bien clara esta postura cuando asegura que “empecé a escribir para no morir” y que su resistencia primera a no traducir sus textos, era una deuda a la memoria, del dolor a la rebeldía, “pensaba –continúa el escritor- en la necesidad de cultivar la palabra nuestra. Pensaba, en fin, que nuestra palabra, debiera recuperar su propia vida, su propio ritmo, su propio destino, su propio arte”. Orgullo y dignidad son palabras que se repiten en todos estos escritores. No son palabras huecas ni retórica ampulosa, son un efecto, un resultado de ese esfuerzo por mirarse a su propio rostro. Hoy, nos sigue diciendo Natalio Hernández, “los niños empiezan a escribir en la lengua de nuestros pueblos, empiezan a superar el estigma que antes sentían por la lengua de sus padres: en gran medida, muchos de ellos son bilingües coordinados, transitan de una lengua a otra sin mayores dificultades y sin temores”. Son estos niños los que hoy leen sus textos, y mañana, ¿quién les leerá a ellos?

MIGUEL FIGUEROA SAAVEDRA

19. Ezequiel Maldonado, "Presentación", *Tema y variaciones de Literatura*, 13, 1999, Universidad Autónoma Metropolitana, México. 11-14.

20. Enrique Florexcano, *Memoria indígena*, Taurus, México DF, 1999

21. Natalio Hernández, "¿Para quién escribimos?", *Temas y variaciones de literatura*, 13. UAM, México DF, 1999.